



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 3 DE MARZO DE 2019

Olga de León / Carlos Alejandro

Libre albedrío encadenado



Thomas Otway

(Trotten, 1652 - Londres, 1685) Dramaturgo y poeta inglés de la época de la Restauración del teatro británico. Hijo de un eclesiástico, estudió en Winchester y, a partir de 1669, en el Christ Church College de Oxford, que abandonó en 1672, después de la muerte de su padre, sin haber conseguido ningún grado académico.

Habiendo marchado a Londres, actuó como actor; la tentativa fue coronada por el más completo fracaso, pero esta experiencia le valió para emprender la actividad de dramaturgo. Obtuvo sus primeros éxitos con la tragedia Alcibiades (1675). Mal retribuido por sus trabajos teatrales, y de vida muy desordenada, pasó en la miseria los últimos años y murió muy joven, al parecer, de inanición en una posada.

Con sus mejores obras, principalmente Venecia salvada (1682), que lo hizo muy popular, contribuyó al teatro dotándolo de rasgos románticos y de gran sensibilidad. Esta pieza, que se considera canónica, ha traído mucha controversia sobre sus posibles significados políticos alegóricos, incluso en la actualidad, pues en ella se traza un paralelo entre el Estado veneciano y el Estado inglés en la época de Otway, y se ponen en acción motivos político-religiosos. La obra trata acerca de una conspiración, lo cual podría suponer directa o indirectamente una crítica contra una facción corrupta del gobierno inglés. Es difícil saber si el autor condenó o no dicha conspiración, por eso la crítica se divide en concederle la cualidad de documento político directo o de ser una astuta alegoría.

Otras de sus piezas teatrales son Don Carlos (1676), Titus y Berenice (1677), Cayo Mario (1679), La huérfana (1680) y El retorno del soldado (1681). La huérfana es una de sus más reputadas tragedias, que junto con la ya mencionada Venecia salvada revivieron el estilo trágico y vigoroso de la época renacentista.

El teatro de Otway, en general, es verosímil por su facultad de mostrar con transparencia la psicología y las pasiones humanas y fue muy hábil al mezclar épocas históricas anteriores con su propia realidad. Sus tragedias están consideradas como las mejores del período de la restauración, y durante dos siglos rivalizaron en popularidad con los dramas de Shakespeare. Escribió también una composición autobiográfica en verso, Palabras del poeta a su musa (1680), una obra sublime, ambigua y de gran poder poético.

LA MORALINA DE LOS LIBROS
CARLOS ALEJANDRO

Si la falsa moral fuese una sustancia material, seguramente sería un pedazo de roca que desafiaría la ley de la gravedad.

El Rorro, sentado en una mesa del Vips de Morelos en la Zona Rosa de la Ciudad de Monterrey, buscaba libros en Amazon, mientras esperaba que tanto Pancho como el Jícaro llegaran al encuentro de café de las nueve de la mañana. Los tres eran estudiantes de la carrera de física; y a los tres les encantaban los libros clásicos. El Rorro consultaba el precio de las Lecturas de Feynman y le pareció escandaloso encontrarlo en 280 dólares. No tenía el dinero suficiente para hacerse de la edición

Luego del Rorro, el primero en arribar fue Pancho. Con un cigarro apagado entre los dedos se acercó a la mesa y dijo: "No vas a creer lo que venía escuchando sobre Newton, en un programa que presentaron sobre su vida". El Rorro se acomodó el cuello y respondió: "¿Qué le andan inventando a nuestro padre Newton?". Y apenas concluyó su frase, cuando Pancho hizo una mueca y señaló en otra dirección, hacia el vidrio junto a la mesa que daba a la calle de Hidalgo.

Por fuera, sobre la banqueta, llegaba el Jícaro a toda prisa, agitado, con un brazo pegado al cuerpo y el otro girando como martillo de campana de un lado a otro. "¿Lo habrá vuelto a hacer?", se preguntó Pancho en voz alta. "No es probable, pero sí possible", respondió el Rorro cerrando su laptop y acomodándose para darle un lugar a Pancho en el gabinete.

El Jícaro entró al restaurante empujando la puerta de vidrio, se acercó a la hostess y desde ahí le señaló la mesa de sus amigos, a donde se acercó diciendo: "Adivinen la joya que conseguí". "¿No, otra vez no!", respondió el Rorro, llevándose una mano hacia la frente. "Es el clásico del que habíamos estado hablando el otro día: Los Principios Matemáticos de Newton". "Te lo robaste?", preguntó Pancho. El Jícaro asintió con la cabeza. "¿Otra vez de la Benjamín Franklin?", preguntó el Rorro. Y el Jícaro volvió a mover su cabeza de manera afirmativa. "Tienes que devolverlo, eso no es correcto", puntualizó el Rorro, quien cursaba el último semestre de la carrera y era el mayor de los tres.

El Jícaro tomó asiento y rápidamente cambió el tema de la conversación. Les preguntaba a sus amigos sobre la física de los planetas, de los átomos, los quarks y la partícula de Higgs. Hablaron durante toda la mañana; pero pasando el medio día, sintieron que el apetito se abría y decidieron caminar a la calle de Padre Mier para abordar un camión e ir a casa de uno de ellos a comer algo. En la esquina, hicieron la parada, abordaron y el Rorro extendió la mano al chofer, ofreciendo pagar el pasaje de los tres amigos. Tomaron asiento. Y entonces el Rorro le dijo al Jícaro: "Y respecto al libro de Newton, también quiero añadir que tú aún no estás en condiciones de leerlo. No



has llevado las materias de cálculo diferencial ni integral de varias variables, y para eso te faltan dos años. Deberías regalármelo".

Pero el Jícaro se negó. Lo conservaría en su librero dos años más, hasta ser capaz de entenderlo, de sumergirse en las aguas más profundas de la física.

LA LENTITUD DE LAS HORAS
OLGA DE LEÓN

Faltaba poco más de un día para que todo cambiara; las cosas serían otras en el pequeño mundo de Isadora. Había acariciado la idea por años, sin que viera esperanza de que pudiera transformar su sueño en la realidad que tanto había anhelado. Ahora, solo debía esperar un poco y sería como siempre deseó que fuera: cruzaría el Atlántico e iría al viejo mundo, donde viviría sola.

Al principio, recién supo de la aceptación a su solicitud, los nervios la invadieron y casi estuvo a punto de llamar y decirles que no podría ir. Pero no lo hizo, soportó el eventual ataque de pánico hacia lo desconocido y sobre todo hacia la buena suerte y la fortuna de ser elegida para esa experiencia.

Entonces, salió de su casa, cerró con llave y fue a sentarse en una banca del parque de enfrente; con la carta entre sus manos, empezó a releer: "Estimada Sra. Isadora Cantabria de la Rosa: ... nos es grato comunicarle que su solicitud de venir a trabajar en nuestra empresa editora (...) después de examinar su currículo, ha sido aceptada. Pronto recibirá noticias de la forma en que la traeremos, las fechas y los vuelos que deberá tomar. Así mismo, le adelantamos cierta cantidad, para que se provea de lo indispensable para su pronto arribo a esta capital de... y traslado a las oficinas de nuestra empresa, para en caso de que no podamos enviar a un propio a recibirla en el Aeropuerto internacional de... (...) Sin más, quedamos de usted, en espera de su

llegada para la fecha que acordamos". Quince días hacía de esa noticia, quince que pasaron rápidamente.

Isa leyó y releó aquella carta, al menos cinco veces. Al principio, le temblaban las manos y sus ojos se empañaban; en las dos últimas lecturas solo sonreía, con íntima complacencia.

En la casa, nadie sabía de sus aspiraciones ni de sus planes, menos del corto tiempo en que ella estaría aún viviendo allí. Había decidido viajar ligera, casi nada llevaría, compraría lo necesario allá, al llegar. Además, pensó: qué tanto puedo necesitar si nadie me conoce ni voy a conquistar a ningún hombre ni a mostrar ni mis gustos ni mi persona: voy a vivir, a trabajar en lo que me gusta y aprender cuanto pueda de lo que allá encuentre digno de ser aprendido... Luego sonreía casi imperceptiblemente, pensando: tengo tanto que aprender, pero también algo que enseñar a los colegas en el trabajo. Algo de lo que yo domino, y quizás ellos no muy bien o no como yo lo hago y ha sido bien aceptado.

Esa noche, la penúltima allí, casi no pudo dormir, se la pasó dando vueltas en la cama, tratando de conciliar el sueño. A la mañana siguiente, se levantó como de costumbre: ni muy temprano, ni tarde. Cuando estuvo lista, salió de casa y fue a su trabajo. Allí tampoco sabían de sus planes. Ella había sabido guardar -por primera vez en su vida- el secreto de su partida. No quería que nadie fuera a influir en la decisión que ya había tomado, ni que trataran de convencerla de que se quedara.

Le parecieron eternas sus horas de estancia, hasta que dieron las dos de la tarde, en que ella acostumbraba salir a comer. -Nos vemos como a las 4:30 pm, dijo a sus compañeros, mientras caminaba por el pasillo para salir del edificio. Llevaba la mirada más brillante que de costumbre y un pequeño remordimiento en mente: nadie sabía por qué al día

siguiente ella no estaría como de costumbre en su oficina, revisando los textos que le enviaban para publicarse ese trimestre. Pero, no dejó que la conciencia la traicionara ni que fuera a arrepentirse de nada. Además, se decía: -de qué me arrepiento, si aún no me voy. Y, ese que sería su último día de trabajo, de este lado del Atlántico, salió tranquila, sonriente y pensando: no regresaré a la tarde, tengo que hacer los últimos preparativos para mi viaje, ya veré qué les escribo como explicación, desde el avión.

Compró algo para comer en casa. La tarde la dedicó a preparar su equipaje y ver que no dejara nada pendiente. Una maleta pequeña con lo básico sería lo que llevaría. Luego fue colocando en el buró junto a su lado de la cama, bajo la lámpara, un trío de cartas que pondría antes de salir, muy temprano, encima del desayuno. Una era para su marido; las otras, para sus hijos... Ya estaban grandes, ya tenían una vida hecha y no vivían con ellos; por eso, en la carta que dirigió al marido, le pedía les entregara a los hijos, la de cada cual.

Se levantó más temprano que de costumbre; preparó el café como siempre, y se fue a duchar. Tenía casi una hora para salir de casa, ya había solicitado desde la noche anterior un auto que pasaría por ella a las 7:15 de la mañana; el vuelo saldría a las 10:45 horas. Salió del baño, arreglada y con el cabello pasado por la secadora a las 6:50 a.m., solo le faltaba maquillarse un poco, tapar las ojeras, alargar las pestañas y pintar levemente sus labios. Su esposo no la sintió. Él acostumbraba también levantarse muy temprano, pero hoy...

De pronto, oyó un claxon; regresó a la recámara, tomó las tres cartas y las echó a su bolsa. Dejó que el claxon siguiera sonando. No salió. Pensó: así no; no lo haré así. Mañana lo pensaré mejor. Las horas siguieron pasando lentamente, ¡otro año más...!

Joana Bonet

Se busca sustituto

Qué sería de nosotros sin los sustitutos; y no me refiero a los empleados temporales sino a todo aquello que reemplaza lo original, bien sea por nocivo, escaso u obsoleto. Nuestra fe en el futuro se alimenta del cambio -de amistades, de trabajo o de colchón, ahora un tema presidencial que no debería tomarse a mofa, pues hasta los colchones tienen fecha de caducidad (aunque duran casi tanto como la vida media de un matrimonio: unos 16 años)-.

Hombres y mujeres siguen repitiéndose con camaradería "un clavo saca otro clavo". No lo han probado literalmente, pero la experiencia les ha demostrado que para librarse de la ira que acompaña al desamor hay que cubrir afectos y modificar hábitos: el tabaco por las pipas o una relación tóxica por otra deportiva y leal. Nos corroe un ansia de rellenar huecos, acaso para enmascarar la sensación de desnudez que provoca la falta de

alguien, o el avenirse al fin de una costumbre. Creemos hallar atajos que encaminamos azorados, aunque acaben resultando itinerarios aún más polvorientos. Parejas rotas que buscan a quien mejore lo anterior, adictos que cambian la muerte en vida por las salas del gimnasio, jefes que despiden a un viejo empleado con ánimo de renovación y a los cuatro días detestan al nuevo.

A veces sustituimos hábitos por cuestión de modas, para no perdernos en una conversación: el cine por las series, la quinoa por el arroz, la infusión de jengibre por el poleo menta. Pero no se trata tanto de suplir como de acertar, demostrándonos que sólo desde el desapego se puede vivir sin placebos. Los sustitutos del azúcar o del plástico ejemplifican a la perfección una época nociva y contaminada. Las exigencias sociales dictan ponerse a dieta permanente a partir de los cuarenta. Hay que



conformarse con hamburguesas de tofu o huevos de tres claras, sucedáneos energéticos vacíos de grasa placentera. Lo mismo ocurre con la icónica bolsa de la compra, que pronto pasará a editarse en series limitadas firmadas por artistas y diseñadores que ya promueven gabardinas de metacrilato transparente. La socorrida bolsa de plástico que tantas señoras han utilizado como improvisado paraguas, altamente contaminante, es reemplazada por el papel de estraza,

moderno y ecológico pero que se moja enseguida. Hay más: coches sin conductor, bitcoins, máquinas cajeras en lugar de dependientes. Y no siempre se trata de ir a mejor. Las fotografías de Jamie Diamond y Elena Dorfman -en la Fondazione Prada de Milán hasta finales de julio- muestran escenas cotidianas con muñecas hinchables acompañando a hombres solitarios, en silencio. No hay mayor símbolo de derrota en el sustitutismo que cambiar la piel por el látex.

ad pédem literae

"La buena fe es el fundamento de toda sociedad, la perfidia es la peste."

Platón

Letras de buen humor

"Todos somos muy ignorantes. Lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas cosas."

Albert Einstein